

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

El ojo ubicuo de la televisión miraba en el espectáculo de la moda masculina, y casi al mismo tiempo ponía a nuestro alcance la pasarela por donde desfilaba el atildamiento -o el afectado descuido- de los últimos modelos para el vestir del hombre. Fue entonces cuando un vecino de espíritu crítico, aireado, dijo aquello de “a dónde vamos a llegar”.

En realidad, las muestras que se proponían al espectador podrían considerarse de mayor o menos acierto, pero no dejaban de ser varoniles. Lo que molestaba al objetante (lo pude deducir enseguida) era más bien el “retintín”, la premeditación, el que los hombres se ocuparan tan adrede de su propia vestimenta. Mejor dicho: que el tema trascendiera tanto, y bajo focos de tal poder. Él venía de un tiempo en que la moda para hombres no desfilaba, reducida al papel couché de los figurines profesionales. Y hasta se trataba de ella en un secreto penumbroso, de modo que los sastres oían a sus parroquianos casi en confesión. Si uno quería encargar un traje y extremar en él los parecidos con la última moda, buscaba un momento propicio, y casi con culpa sugería que el ancho del pantalón fuera sólo de 22 centímetros, o que la chaqueta tuviera rajadas en los flancos.

“Pero el vestir bien -opiné tímidamente- exigió siempre un previo cuidado; más preocupación -desde Petronio hasta el duque de Windsor- que improvisación”

“Antes era otra cosa”-me respondió con tozudez.

De manera que hablamos de otros tiempos. Los que podíamos alcanzar con el recuerdo eran más o menos los mismos para mi interlocutor que para mí. Empezaban en aquellos domingos republicanos de los años treinta, con la gala de los pantalones muy anchos por abajo y el abrigo de color suave, quizá con cinturón, que si se alzaban las solapas podrá hacer muy del cine. (El nudo de la corbata, amplio).

Vino la guerra y arrinconó aquellas frivolidades. Pero no se piense que tan severo trance arrumbase el cuidado de los hombres por su apariencia. Los de siempre, los gastadores de la moda -los que van delante-, sacaron gorros urgentes cuando los demás se contentaban con el brazalete en la manga. Luego el gorro de tela bordada, escalón para el gorro de cuero. En materia de correaje aparecieron aquéllos que eran por detrás un aspa y por delante dos tiras lustrosas desde las hombreras al cinturón de

hebilla con símbolos patrióticos. Y las vendas con calcetín blanco arrollado en la embocadura de la bota, los capotes enriquecidos por dentro con el lujo de la piel blanca y confortable. Más adelante, barbas y desaliños podían ser una manera, y de las más sutiles, para estar a la moda; sobre todo en la retaguardia.

Acudió la paz y con ella una reacción contra toda incuria. Se llegó a poner multas por andar la calle de la ciudad en mangas de camisa y advino el momento triunfal del cuello duro. (El nudo de la corbata, estrecho). Los merceros no creían lo que veían. En poco tiempo se agotaron las desahuciadas existencias de aquellas poleas: las blancas y enterizas para debajo del colodrillo, las articuladas para sujetar el cuello postizo por delante. Y surgió, como siempre, la vulgaridad que acarrea la masa imitadora: los que "siguen" la moda tras de quienes la imponen o pactan con ella. Se iba a trabajar con cuello duro a la oficina y al taller, el dependiente de comercio y el arreglador de bicicletas. Los cuellos duros y almidonados -redención de antiguas viudas planchadoras, de huérfanas de guerra y monjas de clausura jugaban con chaqueta de pana y con mono de mahón azul. Y en pleno verano, cuando los mozos iban a la playa o al río, podía observarse sobre las piedras del pedregal aquella alianza rígida del cuello con su corbata colgándole, mientras sus dueños se refrescaban bajo la obligada modestia del bañador completo.

Luego fueron los trajes de sport para toda ocasión, con su pletóra de fuelles, pliegues y trabadillas. (El nudo pequeñísimo, sobre un alfiler que lo resaltaba). Y los pantalones más estrechos que nunca, y las chaquetas larguísimas, y luego otra vez todo al revés...

La evocación había dado sus frutos y el hombre reconoció que sí, que también entonces... "Ahora da gusto recordarlo -dijo-; como volver a vivir por aquellos trapos". Lo aclaró aún más: "Como si uno oye las canciones de entonces, lo del bésame mucho".

Pero ya regresaba de la nostalgia, se rehacía. Porque lo propio del celtíbero, sobre todo si somos de tierra adentro, es no blandearse por nada. No explicó el porqué, sólo sentenció -sin apelación- que, a pesar de todo en aquellos tiempos era otra cosa.

-* -

SEVERIANO Fernández Nicolás, o la honestidad laboriosa. Y el tesón. Y el talento

de narrador. Y una claridad que a lo mejor cabe decir leonesa. Fernández Nicolás – anotamos también-, o el ejemplo de la posición discreta y digna en el escalafón aparente, y a veces falaz, de la literatura. Porque nuestro novelista no suele aparecer aupado sobre el pavés de lo resonante, pero de igual manera nunca ha visto comprometido el margen de respeto y confianza que merece su andadura creadora. A mí me parece un equilibrio envidiable.

Bajo el signo editorial de Escelicer, todavía es novedad en las librerías su "Crónica de un juez". "La herida sangraba, aún". Sucedió que iba en el Metro, camino del Juzgado, y veía a un joven estudiante con sus libros bajo el brazo. "Tú también podías ir como ese muchacho, a tus clases de la Universidad". Pero su hijo no viajaría nunca más en el Metro ni estudiaría en ninguna Universidad, porque estaba muerto. Veía una chica guapa. "Tú podías ser la novia de mi hijo". Pero su hijo no enamoraría jamás a ninguna muchacha porque estaba muerto". Estilo directo, diáfano: unas líneas más, y ya el lector estaría cogido en el drama íntimo del juez Marlasca, que muy pronto va a coexistir, y también a iluminarse, con los dramas diversos y humanísimos de quienes pasan delante de la justicia, incluso de quienes la sirven cotidianamente.

Pero este mismo año de 1973 -muy pronto, dentro de breves días- se presenta favorable al novelista leonés, por doble camino. Además del estreno que dejamos comentado, aquella excelente narración suya, "El desahucio", aparece en Reno, una de las primeras y más prestigiadas colecciones de libros de bolsillo. Esto quiere decir, limpia y llanamente, que una copiosa tirada de ejemplares cubrirá los puntos de venta de la geografía española.

El mejor premio que puede apetecer un escritor, pienso yo. Y en la ocasión, un premio justo contra el que no cabe recurso en ninguna instancia..., por emplear términos coherentes con los títulos judiciales de estos dos éxitos de Severiano.

-*-

DECIMONOVENA edición, señala el Diccionario de la Real Academia Española en su salida más reciente (Madrid, 1970), el que yo manejo. Busco en él la palabra "triumfalismo". No viene. Tampoco en el suplemento de alcance que son sus páginas finales. Voy al de María Moliner, y tampoco. Soy hombre de muchos diccionarios -es decir, de muchas lagunas que salvar-, pero ninguno de ellos me da razón. "Triunfalista, triumfalismo" son voces incómodas para algunos. Y aunque no veamos escrita su

definición, todos sabemos de qué va.

Jugando a la antonimia, si veo claro que lo opuesto al triunfalismo es el señor alcalde de Villafranca del Bierzo, don Federico Cuadrillero que Dios guarde. Las páginas de un periódico se abrieron al gozo de las fiestas del Cristo. Y cuando habría que esperar lo típico de esos casos -regidores y vates locales echando la casa por la ventana-, Cuadrillero va y dice:

"-Yo de las fiestas, no sé nada, llevo varios años sin ocuparme de ellas, y... "

Los puntos suspensivos se van cubriendo después:

"-La fiesta es un camelo ya que ni es fiesta ni es nada, es una feria. La gente quiere la fiesta no para descansar y divertirse, sino para trabajar más y hacer negocio a cuenta del forastero... "

Don Federico es médico. Y se le podría perdonar que monumentalizara lo más cercano a su profesión. Pues tampoco:

"-Quedarán reducidos (los adelantos técnicos del nuevo Centro de Sanidad) a unos aparatos de Rayos X, de superior calidad a los actuales -que son del año del catapún-, de un laboratorio, y de un par de camas. Quizá una sala para intervenciones de poca importancia. Pero nada más."

Cuando a Cuadrillero lo hicieron alcalde, se echó él las manos a la cabeza y dijo: "¡Lo que le faltaba a Villafranca!" Tomó la vara a regañadientes. Luego vimos repetir en él la tesis de "Becket o el honor de Dios". El rey normando hizo a su amigo primado de Inglaterra así como en broma, pero Becket se lo tomó en serio y hay que ver el juego que dio. Con todas las distancias que ustedes quieran para mi símil, Cuadrillero se entregó al honor municipal del Bierzo". (A él le daría horror decir "la perla del Bierzo"). De modo que el alcalde villafranquino, si no se ocupa de las fiestas -tampoco está contra ellas- es porque se ocupa de otras cosas. Que si no echa discursos, es porque le gustan más las obras. Y que al día siguiente de cesar en el mando -no un día antes, pero tampoco un día después estaremos cavilando sobre qué calle será mejor para llevar su nombre.

Y todo esto, a pesar de su campechanía realista (o gracias a ella). De la cual podrían aprender ciertos voceros para quienes toda ocasión es de tedeum y juegos flores.